



## Historia ambiental latinoamericana. Una mirada desde Cuba

Reinaldo Funes Monzote (Cuba)

Fundación Nuñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre  
E-mail: [gponjuan@infomed.sld.cu](mailto:gponjuan@infomed.sld.cu)

El nacimiento de la historia ambiental se debate entre la posibilidad de convertirse en una nueva disciplina histórica y la de ser una nueva forma de "historia total". A diferencia de la relativa atomización de los estudios históricos en las últimas décadas, que ha venido a cubrir notables vacíos en el conocimiento del pasado humano, la historia ambiental llega para advertirnos que no hemos estado solos en el planeta con nuestras pugnas políticas, comportamientos demográficos y desarrollos económicos, sino que hemos formado parte de un mundo más complejo de interacciones entre el conjunto de los seres vivos y el medio en que habitamos. En principio parecería como ir a contracorriente de los estudios históricos, aunque con matices diferentes si nos acercamos a una u otra manera de concebir la historia ambiental. Ciertamente, como una nueva disciplina se puede convertir en una forma aún más especializada de mirar al pasado, dada la necesidad de cierto conocimiento de disciplinas ajenas a la mirada tradicional de los historiadores.

En cualquiera de los dos casos el denominador común es que se trata de una historia que se forja a partir del paradigma ecológico, lo que significa una ruptura con los modos predominantes de acercarnos a la historia humana. Al tomar como centro la interdependencia del ser humano con el medio biótico y abiótico y distanciarse de las visiones antropocéntricas de la historia que han prevalecido hasta el presente, cualquiera de las dos formas de encarar la historia ambiental posee un indudable aliento renovador.

Sin embargo, eso no significa que nunca antes se hubieran abordado las relaciones de la sociedad con su medio natural. Por el contrario, estas relaciones han sido objeto de estudio desde la perspectiva de los estudios geográficos, en especial de la denominada geohistoria o geografía histórica, formaron parte de los postulados historiográficos de los padres de la escuela de Anales y ocupan la atención de subdisciplinas de la historia como la historia de la ciencia y la tecnología, historia agraria, historia forestal, etc. O para ir más lejos aún, estuvieron integradas en la tradición enciclopedista y erudita de los siglos XVIII y XIX. Esto significa que la tarea de construir una historia ambiental no debe limitarse a profundizar en la dimensión temporal dentro de un determinado marco geográfico, ni tampoco a seguir la pista a la actividad de las personalidades e instituciones científicas que tienen en la naturaleza a su objeto de estudio.

El intento de abordar la historia de Cuba desde la perspectiva de la historia ambiental tropieza con las problemáticas brevemente esbozadas. ¿Se trata de un nuevo enfoque para la historiografía nacional? ¿Hasta qué punto se puede hablar de novedad y hasta donde no es más que una continuidad de aportes anteriores? ¿Se debe integrar como una nueva manera de interpretar el devenir histórico del país o por el contrario debe pasar por una primera fase de especialización, tal vez difícil de clasificar dentro del ámbito de la profesión del historiador como es asumida hoy? Todas estas preguntas son pertinentes, sobre todo por el hecho de que en términos generales se puede decir que la historia ambiental aún no ha llegado a Cuba, a pesar de las primeras incursiones desde afuera y de los esfuerzos aislados y muchas veces inconscientes desde adentro.

Para reflexionar al respecto parto de mi experiencia de varios años de estudio sobre la historia ambiental de Cuba, iniciada en un Departamento de Historia de la Ciencia. Allí comencé a interesarme



por el estudio del proceso de deforestación provocado por el azúcar y por la historia de los bosques cubanos en general, pero sin conocer en absoluto que existía un grupo de historiadores, revistas y al menos una asociación que se ocupaban de algo que se denominaba historia ambiental, historia ecológica o ecohistoria. Mis referentes estaban más bien en la historia forestal, de procedencia española, la historia socioeconómica cubana con estudios clásicos como *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar* de Manuel Moreno Fraginals y las diferentes combinaciones entre historia y geografía de autores como Levi Marrero, Juan Pérez de la Riva y Antonio Núñez Jiménez.

Paralelamente me involucraba de una forma u otra al movimiento cubano por la promoción de una agricultura orgánica. Por esta vía me familiaricé con algunas problemáticas ambientales de la actualidad mundial y cubana y con los enfoques agroecológicos y pensé en la necesidad de conectar la Historia con este movimiento y con los temas con implicaciones ambientales en general. Uno de mis primeros trabajos en este sentido fue la historia de una Sociedad Cubana Protectora de Animales y Plantas aparecida a fines del siglo XIX y que constituye el primer antecedente de una sociedad cubana con intereses ambientalistas.

Al escribir en 1994 un primer artículo sobre la interacción del azúcar y los bosques en Cuba, acerca de los largos conflictos que enfrentaron a los hacendados azucareros habaneros y la Marina Real Española por la explotación y dominio de los bosques entre 1772 y 1815, seguía desconociendo en esencia en que consistía la historia ambiental. Pero para mi sorpresa recibí comentarios críticos alentadores de otros colegas en Estados Unidos que sí encauzaban su profesión en ese sentido. Poco tiempo después recibí la invitación para viajar a la Universidad John Hopkins y asistir en los mismos días al congreso de la ASEH que tuvo lugar en Baltimore en 1997. Se podría decir que este fue el primer contacto verdadero con el ámbito de la historia ambiental. En esa ocasión pude conocer personalmente a algunos conocidos historiadores ambientales norteamericanos y a otros más jóvenes dedicados al caso de Latinoamérica. También fue una oportunidad para obtener una amplia bibliografía teórica y metodológica y de temas específicos de interés para la investigación que realizaba.

Poco más tarde apareció la posibilidad de optar por una beca de doctorado de la Agencia Española de Cooperación Internacional. La idea era que pudiera continuar mi trabajo sobre la relación del azúcar y los bosques cubanos bajo la dirección conjunta de dos historiadores españoles sobre Cuba, con experiencia el campo de la historia social y agraria y de la historia de la ciencia respectivamente. Obtuve la beca y con esto no sólo pude llevar adelante el proyecto de investigación, para el cual resultaba imprescindible la consulta de archivos y bibliotecas en España, sino entrar en contacto con varios de los principales historiadores ambientales en la antigua metrópoli, conocer sus trabajos (así como los de otros autores europeos), sus principales debates y ser protagonista de los primeros frutos en el proceso de institucionalización. Me refiero en específico a los dos primeros encuentros de historia ambiental, en Andujar en mayo de 1999 y el de Huesca en octubre del 2001.

Hago la anterior relación porque interesa subrayar que hasta hoy la llegada a la historia ambiental suele recorrer un camino sinuoso y básicamente de manera "autodidacta". De cierta manera más que un historiador ambiental podría considerarme un historiador interesado en temas del ambiente y sus implicaciones ecológicas, sociales y económicas. Desde mi punto de vista esto tiene sus aspectos positivos y negativos para la propia formación de una historia ambiental latinoamericana, que debe constituir ante todo un verdadero esfuerzo interdisciplinario, sobre todo en el sentido de poner a dialogar las ciencias sociales y las ciencias naturales con una perspectiva histórica.

A partir de mi experiencia en el caso de Cuba pretendo subrayar las dificultades con las que tropieza el trabajo en la construcción de una historia ambiental latinoamericana y señalar sus fortalezas principales. De manera particular haré referencia a las características de las fuentes bibliográficas y documentales que más he manejado hasta el momento y los resultados del trabajo de investigación que



se materializó en la tesis doctoral "Azúcar, deforestación y medioambiente. Los bosques de Cuba entre 1772 y 1926". Asimismo me interesa evaluar la reacción de historiadores sobre Cuba, tanto en la Isla como en otros países, al ponerse en contacto con los enfoques desde la historia ambiental, así como la recepción y retroalimentación en el trabajo con científicos de otros campos del conocimiento, sobre todo aquellos que tienen la finalidad de buscar respuestas técnico científicas inmediatas a los problemas del presente.

La posibilidad de la historia ambiental de conectar con problemáticas actuales de la relación seres humanos-naturaleza es tal vez uno de sus aristas más prometedoras. Su importancia para la agroecología, por ejemplo, es algo que parece estar fuera de discusión. También lo deberían estar sus profundos nexos con la ecología política y su aporte en la formación de una conciencia ambientalista y a una nueva evaluación de los resultados históricos de los procesos de colonización e inserción en el mercado capitalista mundial y en la era de los combustibles fósiles. No obstante, la historia ambiental debe evitar la extrema especialización hacia las conexiones con las ciencias naturales, hasta el punto de quedar incomunicada con otros modos tradicionales de hacer historia o con las ciencias sociales en general. Por ambiciosa que parezca la empresa, la historia ambiental debería contribuir a convencer a los especialistas en las ciencias de la naturaleza de la utilidad del enfoque histórico al enfrentar su objeto de estudio y a que tengan en cuenta sus implicaciones sociales. De igual forma a los colegas historiadores y de las llamadas ciencias sociales en general, podría llamar la atención de que los procesos económico sociales y políticos que estudian no sólo están determinados en buena medida por las relaciones que establecen con el medio natural, sino que pueden ocasionar a éste daños irreparables para la propia reproducción de la especie humana.

La historia ambiental ofrece también la oportunidad de profundizar en los enfoques transnacionales, para destacar tanto las semejanzas con procesos de otros países de la región como las implicaciones de sus relaciones con las metrópolis y los mercados consumidores en el exterior. En este sentido se pondrá como ejemplo la importancia de entrar en contacto con las preocupaciones fundamentales de los historiadores ambientales españoles para abordar la evolución de las relaciones naturaleza sociedad en Cuba durante la larga relación colonial de cuatro siglos, tanto por sus puntos de contacto como por sus diferencias. Por último, tengo la impresión de que la historia ambiental puede convertirse en una valiosa ayuda para interconectar los diferentes nichos académicos, disciplinas y subdisciplinas que estudian la realidad de nuestros países desde el llamado primer mundo, con el objetivo de lograr acercamientos más integrales de los que en muchas ocasiones prevalecen.